



Dr. AGUSTIN CUEVA TAMARIZ

\$ 1

21001

ELOGIO

DE

GREGORIO MARAÑÓN



PUBLICACION DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

926.16

21001

CUENCA — ECUADOR
1955

de Cuenca

Nº 21001

**Gregorio Marañón, gloria cimera
de las Ciencias y de las Letras**



Quienes se interesan por las cosas del espíritu conocen a Gregorio Marañón, el insigne médico y humanista que, elevándose sobre su Patria y su Raza, ha venido a constituirse en una gloria cimera de las Ciencias y de las Letras universales, legándonos como preciado dón la fe en el futuro de la humanidad, señalándonos la ruta del entusiasmo y del personal esfuerzo en la lucha por el progreso científico, como las únicas libertadoras de la especie humana —presa en el error y la inacción— y dándonos los frutos de sus brillantes cosechas científicas, iluminados con las refulgentes proyecciones de su espíritu humanista y universal.

A Gregorio Marañón le debemos el presentimiento del hombre nuevo que llevamos dentro, esta conciencia de ser nosotros mismos frente al pasado, con una vida de sentimientos mucho más compleja, más henchida de conocimientos que las otras generaciones.

Marañón pertenece a aquella categoría de hombre de los que se complacía en producir la Antigüedad, la Edad Media y el Renacimiento; aquellos hombres que se interesaban por todo, que buscaban en todo lo esencial y lo auténtico y que la extensión y la variedad de su cultura, lejos de secarlos, se desarrolla, por el contrario, multiplicando sus posibilidades para captar los objetos del conocimiento y darles cada vez un juicio más sereno sobre las cosas que les son sometidas.

Cada época que quiere renovarse proyecta primeramente su ideal en una figura. El espíritu del tiempo elige un ser humano como tipo para comprender él mismo su propio ser representativamente, y al elevar a ese individuo muy por encima de su medida, se entusiasma, por decirlo así, con su propio entusiasmo. Cuando, por primera vez, concibe Europa su razón de ser y su misión en la supremacía del espíritu, en la erección de una uniforme civilización occidental, en una

cultura universal que actúe como modelo, escoge a un Erasmo, a un Leonardo o a un Paracelso. Y nosotros, hombres de este siglo, sentimos también, sin duda, encarnado del modo más alto, dentro de la realidad del espacio y del tiempo, el tipo del hombre de hoy, fáustico también como el de aquellos siglos, de Gregorio Marañón, alma abierta a todas las inquietudes y desvelos en pro de la Cultura, que es característica de los espíritus selectos y de quienes, como de Goethe, se puede decir "que nada de lo humano les es extraño". Se diría que Marañón es la reencarnación —bajo la clara luz documentada de nuestra época— de aquellos humanistas visionarios del Renacimiento, en cuyas vidas y en cuyas obras late siempre la hondura frenética y misteriosa de toda la humanidad, de esos hombres que buceaban su sensibilidad hasta tocar en los problemas elementales y eternos.

Quien se penetre del espíritu y de la atmósfera que la lectura de toda la obra —densa y múltiple— de Gregorio Marañón exige, no sólo hallará en sus libros una cantera inagotable, un vasto repertorio de novedades y de placeres selectos para el espíritu, sino que experimentará después, cuando retorne al mundo real, la sensación de que ese mismo mundo ha cambiado de aspecto ante sus ojos, que se ha hecho más hondo, más lleno de interés humano.

Hay vidas que caminan hacia adentro de sí mismas o de una buena parte de su mundo interior, buscando la raíz de su propio pensamiento o de su propia alma, cada vez más adentro de su obra, como esforzándose por alcanzar la perfección definitiva en el logro de un solo empeño, como Ramón y Cajal que salió de sí a caza de su mundo exterior, descubrió un día la neurona y dentro de la neurona, cada vez más finamente conocida, residió ya para siempre. Otras vidas caminan hacia afuera, saltando continuamente de hecho en hecho y de cosa en cosa, como el fisiólogo Magendie, por ejemplo. Y otras, en fin, caminan hacia arriba, hacia moldes de existir en los cuales se realiza, cada vez más altamente, la propia vocación hacia la altura, que es la evocación del espíritu. Tal es el caso de Gregorio Marañón, que se refleja por ese cada vez más alto acabamiento en el modo de cumplir su propia vocación, la manera de ir ampliando el ámbito de su mirada, así a lo largo del tiempo, como a lo ancho del tiempo presente.

El camino de la propia vocación de Marañón ha sido, por eso,

ascendente e intensivo. Su punto de vista personal ha sido cada vez más alto —o más hondo, si se prefiere la metáfora de la profundidad a la de la altura— y sus nuevos saberes han sido integrados desde un nuevo y más elevado centro. No sólo llega a saber cada día más, sino que lo sabe de otro modo y mejor. Como biólogo —diríamos explicativamente— no lo es por conocer más hechos biológicos, sino, sobre todo, por saberlo más biológicamente, por intepretarlos en una unidad sistemática desde una idea de la vida más alta y verdadera. La vida del Maestro Marañón es, para nosotros, la de un árbol generoso que va dando, natural y sucesivamente, el agraz, la copiosa pujanza y la dulce sobremadurez de sus frutos.

"Pocos placeres hay más gratos —ha dicho el ilustre Maestro español— para el espíritu del hombre de ciencia y pocos ejercicios más útiles al entendimiento que ésta de renovar, con las interpretaciones modernas, los hechos observados por los que nos precedieron, andando, con paso audaz de profetas, por el mismo camino que nosotros volvemos a recorrer." Marañón reconoce aquí que, aparte de la fuerza inspiradora de la humanidad, insita en la idea de la Medicina y norte espiritual del médico auténtico de todos los tiempos, el despliegue de la medicina del presente no habría sido posible sin que las investigaciones anteriores no hubiesen recibido sustancial complemento de las más altas corrientes del pensamiento contemporáneo. Porque, en efecto, no se concibe hoy una antropología médica, una visión de las diferentes y fundamentales maneras de ser del hombre enfermo, sin las ideas e incitaciones oriundas de todas las fuentes del conocimiento de la índole humana en general y a las cuales se esfuerzan hoy en dar unidad los cultivadores de la antropología existencial. Las transformaciones sociales del mundo de hoy, nos obligan a profundizar el conocimiento del hombre, para elevarlo más allá de la simple y primaria consideración de tipo antropológico: la antropología es insuficiente y no puede brindarnos un conocimiento integral del hombre; los médicos son los más indicados y preparados para intentar, con la ayuda de la filosofía, la tarea de coordinación y síntesis de conocimientos sobre el hombre, como cuerpo humano dotado de funciones fisiológicas y como conciencia operante en la ciencia de la vida social, por su actividad intelectual y artística y por sus reacciones afectivas, morales y psicológicas, en suma.

Endocrinólogo por autoridad, por razón y por experiencia —las

tres formas de conocimiento de que nos hablaba Bacon— ha hecho de la Endocrinología, esta ciencia nueva que hace treinta años estaba todavía en la infancia, una disciplina científica en verdad cautivante, alejada del eco lejano de las creencias místicas y mágicas como del actual "endocrinologismo" que, para muchos *dilettantes*, alcanza las proporciones de una teoría filosófica. Hay que seguirle a Marañón en su MANUAL DE ENFERMEDADES ENDOCRINAS Y DEL METABOLISMO, en sus ESTUDIOS DE ENDOCRINOLOGIA, en su EVOLUCION DE LA SEXUALIDAD Y LOS ESTADOS INTERSEXUALES, y en sus innumerables estudios clínicos sobre la materia, para comprender el verdadero sentido funcional de la hipo, hiper o disfunción de las glándulas de secreción interna, su acción sobre la constitución somática con todas sus variedades y su acción sobre la diferenciación psico-fisiológico de los sexos, hasta llegar a la determinación de la constitución, del temperamento y del carácter, o sea, de la personalidad total, en su doble aspecto psíquico y somático. Marañón, siguiendo las diferentes escuelas constitucionalistas, ha sabido establecer una correspondencia precisa entre los tipos somáticos y los tipos psíquicos, de suerte que sus magistrales descripciones a partir de un rasgo puramente corporal, las continúa y las completa con la descripción del carácter del individuo. Y este modo de conocimiento, este saber mirar fisiognómico, alcanza en él su finura y su penetración porque, en resumen, es la comprensión profunda de las formas naturales, psíquicas, sociales e históricas. Desde la constitución del temperamento normal hasta las variedades patológicas de estos temperamentos, que se confunden ya con los estados constitucionales y subendocrinopáticos, un nuevo mundo, de supremo interés, revive ahora con creciente savia y se abre ahora, gracias al Maestro español, a la curiosidad del investigador y del hombre de cultura integral.

Sus esfuerzos inquisitivos de investigador, de práctico, de clínico, de endocrinólogo, tienen realces de sabiduría, porque encima de la inteligencia de las relaciones causales, alimenta en Marañón el amor a la naturaleza, a la medicina, a la biología, con esa como devoción artística y estética frente al objeto propio del verdadero amor a la vocación y con esa especie de santa ingenuidad admirativa, cualidad soberana del auténtico hombre de ciencia que es, al mismo tiempo, opulento y brillante escritor, lleno de luz y penetrado de realidad hasta en sus más desenfundados vuelos idealistas, pero ricos de conocimientos positivos.

La personalidad de este eminente hombre de ciencia español, de este Profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid y *honoris causa* de casi todas las Universidades de Europa y de América y autor de múltiples libros de Endocrinología y de Patología General e Interna, no dá, sin embargo, la talla total de Marañón, porque juzgarlo sólo como científico deja en una relegación inmerecida su verdadera esencia personal. El Maestro Marañón constituye un ejemplo para toda existencia humana que quisiera honrar sus fines de superación, elevando la burda trama de su individualidad a la jerarquía de la obra maestra.

Tiene Gregorio Marañón el genio filosófico y la penetración intuitiva de las grandes leyes de la evolución humana, el talento literario, la magia del estilo, la adivinación poética, el poder de resucitar las generaciones extinguidas y de interrogar a los muertos, leyendo en sus almas sus más recónditos pensamientos y haciéndolos moverse con los mismos sentimientos y pasiones que los impulsaron en la vida. Quien dice Gregorio Marañón, dice entusiasmo creador, pasión nobilísima, elevación generosa e idealismo puro. En él admiramos siempre su extraordinaria riqueza interior, de ideas nuevas, fecundas, inspiradoras, que, como luminosos ejemplos de espíritus alados, corren por las páginas de sus inmortales libros de Ciencia, de Biografía, de Arte, de Historia.

Porque Gregorio Marañón posee esa blanda y generosa capacidad de "dar una segunda vida a las sombras del pasado", como con frase espléndida dijera Dilthey. Hay que admirar en el Maestro, además, sus maravillosas condiciones de narrador, el arte insuperable con que expresa los sucesos históricos. Se diría que, como Macaulay, es un historiador artista y visual. Su nativa y cultivada condición de esteta y la participación histórica en la cultura de su tiempo, le han conducido a hacer historia con los ojos y la sensibilidad artística. Sus medallones biográficos —el Padre Feijóo, el Conde Duque de Olivares, Ramón y Cajal, Menéndez Pelayo, Enrique IV de Castilla, etc.— tan bellos todos, son como tallas policromadas en movimiento o personajes de una acción dramática representada ante nuestros ojos. Ha sabido elegir los rasgos esenciales de una figura o de una época histórica y descubrirlos con vida, belleza y vitalidad. Además, como hombre de este siglo —más sutil que el pasado— posee esa celosa y ahincada sumersión en el entresijo de los problemas intelectuales y vitales

que constituyen el nudo más verdadero de una intimidad personal. Y es así como Gregorio Marañón constituye el caso de un historiador de figuras ejemplares y, a la vez, de intimidades, de presencias y de buceos en lo profundo y abismal del alma humana.

El ojo potente de recordación, de recreación, diríamos mejor, de Marañón cuenta, a nuestro juicio, entre las pocas maravillas auténticas de nuestro mundo intelectual. Y no sabríamos decir qué es lo que en el gremio de las artes de nuestro tiempo, en cuanto a naturalidad y exactitud, pudiera compararse con su modo de mirar a los hombres y a los problemas de la vida individual y social. Hay claridad y verdad insuperables en este saber mirar: lo que una vez apareció ante esa pupila honrada y cabal, queda conservado sin alteración; pues, ese saber mirar del Maestro español no olvida nada, ni muda nada, sino que refleja la realidad más pura y auténtica, con algo más todavía, o sea, con esa ráfaga de originalidad creadora o ese virginal significado de una intención expresiva, rigurosamente personal. Maravilloso inquisidor del fuero interno, sabe captar, con no sé qué de psicología, enigmas de acción y de sentimiento, para otros insondables.

El historiador se ve siempre conducido por su trabajo al tema de la biografía. La visión del acontecimiento histórico, como una evolución dialéctica o como un crecimiento biológico de la humanidad, ha hecho olvidar con frecuencia que la historia, cualquiera que sean las regularidades sistemáticas en la anchura universal de su curso, es obra de los hombres. La historia de España, por ejemplo, no es sino la totalidad de las biografías de los españoles, de los Sénecas, Cervantes, Quevedos, Lopes de Vega, Cajales y Unamunos y de los fieros conquistadores que fecundaron las tierras de América para las siembras del espíritu y de la cultura. Del mismo modo que la célula es la unidad elemental del ser, la biografía es, en un plano ontológicamente superior, la unidad elemental de la historia. Así lo ha comprendido Marañón, cuando todas sus semblanzas y ensayos y todo ese inmenso cosmos de letras y figuras universales e históricas, no son sino biografías egregias y radiografías del espíritu, que su alma de historiador, de científico y de esteta ha sabido exhumar y recrear, actualizando magistralmente la antigua y siempre nueva fisiognomía aristotélica, cuyo objetivo tendía a diagnosticar una nota temperamental o caracterológica, partiendo de signos somáticos visibles.

En el género del **Ensayo**, Gregorio Marañón no tiene igual ahora en España. Es uno de los más grandes ensayistas de todos los tiempos —como lo fue Unamuno—, en el que hay que admirar su elevación intelectual, su grandeza moral, la nobleza de su espiritualismo áureo y su verbo trepidante y milagroso: allí están su DON JUAN, su AMIEL, sus sugestivos y bellos ensayos agrupados en VIDA E HISTORIA, que al ser encarados bajo el doble aspecto de historiador y de hombre de ciencia, cobran excepcional interés. Gracias a su maravilloso poder para revitalizar a personajes —reales o ficticios de la historia— y tiempos idos, ha reintegrado a nuestro mundo actual, tan erizado de discrepancias y hostilidades, las ejemplares figuras del humanismo español, que aspiraban a la unidad del mundo por medio de la cultura. En LAS IDEAS BIOLÓGICAS DEL PADRE FEIJOO o en el ESTUDIO BIOLÓGICO SOBRE ENRIQUE IV DE CASTILLA Y SU TIEMPO, por ejemplo, Marañón se ha ajustado estrictamente a las auténticas fuentes de la historia, pero la genial interpretación de los personajes y del ambiente debe más a su poderosa intuición de esteta, a su gran penetración de psicólogo, que a la fidedigna documentación de que se sirvió. Y esto es lo que da densidad y emoción humana a sus libros, además de un enorme, creciente y apasionado interés. Porque en éstos y otros libros de Marañón no hay sólo —con haberlo en sumo grado— el resultado de una labor paciente, servida por una gran preparación histórica; hay, sobre todo, la hondura del saber mirar en los abismos de la personalidad humana y el toque de una fina sensibilidad dispuesta a recoger, con supremo sentido de verdad, lo dicho acerca de esas figuras históricas y aun a extraer personalmente lo que hubiera podido quedar oculto a anteriores exploraciones históricas. Como psicólogo, además, Marañón, sabe adueñarse magníficamente del alma del hombre y en sus simientes, luminosas o sombrías, ve germinar los sucesos con sus formas y colores.

Ante la obra biográfica e histórica de Marañón, exquisita por la belleza de su estilo, por lo movido de su narración, por el acierto en el modo de presentar los hechos y por la manera deliciosa de reconstruir el pasado, se rinde nuestra admiración sin reservas!

Por eso, se le han abierto las puertas de todas las Academias y no ha habido en España homenaje, Congreso o libro huérfano de prólogo, que no requieran de su ayuda y magisterio. Marañón ha conseguido imponer su figura moral e intelectual sobre uno y otro de los

bandos adversarios en que se divide la humanidad de hoy —derechas e izquierdas—, si vale emplear hoy esta clasificación bilateral de actitudes políticas y religiosas, porque, cabalmente, para este hombre de ciencia, lleno de serenidad y de cordura, la vida tiene un sabor único, un aroma entrañable, un atractivo enérgico de principios. Nosotros encontramos en sus libros demasiada preocupación humana y un sentido demasiado cósmico y terrenal de humanidad, amor del hombre y profunda simpatía con su destino, gozo de sus goces y tortura de sus sufrimientos, demasiado honda y entrañable; acaso, una entrega demasiado íntima y complaciente.

Es indudable que con su vasta y densa obra, escrita y oral, Marañón ha conquistado nuestra época. Ha pronunciado las palabras definitivas en los problemas decisivos para nuestra generación; y la manera serena, humana, *erásmica*, para todos comprensible, con que ha expuesto los temas más candentes de nuestra época, le proporcionan ilimitadas simpatías. Su lúcida conciencia histórica le ha permitido acercarse a la comprensión de su propia época y vislumbrar el quehacer intelectual de España y del mundo. Como el mismo Menéndez y Pelayo —de quien hiciera una suave y evocadora semblanza humana— tiene en su espíritu y en su retina la visión imperturbable de que el camino futuro de España será la continuación de su mismo camino antiguo, espiritual y recio, “no limitador, no intransigente, no mezquinamente nacionalista, sino universal”.

No hay amor sin un ensueño de esperanza. Y ha sido demasiado intenso su amor a España para que frente a ella no soñase en verla un día ágil y hermosa. Soñar, soñar despierto, tras las vigiliass febriles del trabajo fecundo. Siempre el anhelo de ver a España como amazona purísima y andariega por el camino real de la Historia. Quiérela —adivinando el futuro y fiel a su legado antiguo— actual y eterna, sabia y robusta. España y sus problemas históricos, políticos y científicos han sido la ocupación y la preocupación centrales del Maestro español más pegado —como diría Don Miguel de Unamuno— al **tuétano de su alma**. Hasta en los escritos temáticamente más lejos de ese central contenido de su espíritu, brotan, acá y allá, hijuelas suyas y alusiones a sus diversos problemas, como fontanas denunciadoras de su ingénito e íntimo venero. “Nosotros los españoles —dijo Marañón en su *Visión de Hispanoamérica*—, nacimos como Nación, en la edad de los reinos peninsulares, con su espíritu de caballería,

con su sentido profundo de la individualidad y con el afán de que la religión verdadera prevaleciera sobre la media luna. Nadie podrá nada contra este sello triple que ha sido fuente de tantas horas insignes, que es también el venero inagotable de nuestra personalidad, buena y mala, al través de tantas tempestades. Lo que se llama la unidad de España, forjada por el genio de Doña Isabel la Católica, exaltó aquella personalidad, pero no creó nada nuevo. Eramos ya así y lo seremos hasta el final del mundo.”

Personaje de primera magnitud en la gran acción de definir y levantar la cultura española de todos los tiempos, le parece “más exacta, y sobre todo más fecunda, que la posición de Menéndez Pelayo, la de Ramón y Cajal que, dotado de la misma exaltación patriótica reconocía, sin embargo, la debilidad del genio científico de la raza, y se dolía de él, analizando con tesón y claridad cruda sus causas, para encontrar en ella y en el dolor de saberlas, su lógico remedio”. De la segunda mitad del siglo pasado, el Maestro Marañón observa que son años colmados de hombres sobresalientes y que su representación más genuina fue la llamada generación del 98, a la que “la pasión política ha querido hacer responsable de pesimismo sombrios y desalentadores, sin reparar en que, como toda obra de creación, es —cualquiera que sean sus errores— ganancia pura para la historia de la cultura de la raza”. Y apunta —con la grandeza espiritual y la justicia que le son peculiares— que “Ganivet, Unamuno, Azorín, Valle Inclán, Pío Baroja, representan el rebrote espléndido de una tradición ininterrumpida en nuestra raza, cuya historia está sembrada de artistas geniales”.

Cuando habla o escribe, Marañón lo hace pensando en España, sintiendo a España y queriendo, con amorosa claridad, algo de España, porque también, como los hombres de la generación del 98, ha sentido en su costado, penetrante y dolorosa, la lanzada de los males patrios... y ha reparado en la inevitable y desairada ineficacia de todo lo que queda, a mitad del camino, entre el intelectual verdadero y el político auténtico. Y porque sabe que la maestría verdadera del hombre ciñe siempre la corona plateada de la serenidad. “El problema de las Américas —ha dicho Marañón— será siempre distinto de los problemas de nuestro mundo europeo... Para el americano, la democracia, la libertad, la convivencia tienen un sentido original, intangible, que en Europa se quebró muchas veces y hubo que recomponerlo. La libertad en Europa está llena de costuras y de parches.

Las cartas que se juegan son las mismas aquí y allá; pero la psicología y la moral de los jugadores son diferentes, y lo son por razones cósmicas que no están en nuestra mano modificar”...

En realidad, no conocemos nada frente a lo cual pudiera este gran pensador español permanecer pasivo e indiferente. La política le apasiona tanto como la poesía, la sociología, la filosofía, el deporte. Todo lo humano consigue irritarlo con igual intensidad y poner sus pensamientos en acción, porque todo forma parte de esa vida infinita que lo excita sin tregua y a la que ama indómitamente.

Ojalá que la juventud, los hombres del mañana, aprendan de esta naturaleza bellamente armónica de Gregorio Marañón el secreto de resolver los contrastes por medio del esfuerzo justo y de solucionar todas las disputas del mundo actual, de poner término a todas las disonancias por obra de la armonía serena del espíritu, que es la fuerza creadora del mundo. Y no porque creamos que la serenidad y el equilibrio mental no se compadezcan con la pasión creadora, jerarquía exclusivamente humana de la vida afectiva. Alguna vez decía el Profesor Nerio Rojas que el hombre adquirió de la naturaleza el dón divino de pensar y de apasionarse, no para destruir la vida de las ideas y la de los demás hombres, sino para ir, a su turno, creando una vida mejor, como si él mismo fuera un dios. Y, efectivamente, si las horas fugaces de nuestra vida —que son siempre de lucha, de ambición y de dolor— valen la pena de vivirlas, es por la fuerza apasionada de un ideal superior que, en último análisis, es el espíritu de nuestra comprensión e inteligencia.

“El mundo atraviesa —ha escrito Marañón— una fase crítica de su historia milenaria. Lo revela la angustia típica que produce en el alma colectiva la evaporación de los ideales antiguos y la ignorancia de los nuevos. No sabemos hacia donde encontrarán los hombres su nueva ruta y su nueva fe. Pero los síntomas y la interpretación del hecho más trascendente de nuestro tiempo, que es el pánico del instinto de la especie, induce a esperar que el hallazgo maravilloso que transforme la humanidad futura sea, sencillamente, la Paz...”

El arte de comprenderse mutuamente, el más importante en las relaciones humanas, y el más necesario entre las naciones, el único, en suma, que puede ayudarnos en la construcción de una humanidad

superior, ha salido del dominio del espíritu. Y sólo en la ciencia y la cultura hemos de prender las esperanzas de un mundo mejor. Y es, por eso, que junto a las conferencias internacionales en las que se adoptan medidas, se elaboran programas y se determinan providencias con el objeto de acelerar la reconstrucción de un mundo tan ferozmente destrozado, material y espiritualmente, se palpa hoy la necesidad de organizar en todos los pueblos los servicios de clínica psicológica, de psicología social, de psicoterapia, de higiene mental; porque sólo merced a esta orientación será posible, un día acaso lejano, una perfecta armonía y concordia entre los hombres y los pueblos de todas las naciones de la tierra. No otra cosa han clamado los poetas, esos seres dotados de una fina sensibilidad emocional y de una profunda intuición psicológica para anticiparse a la filosofía y a la ciencia: Rabindranath Tagore, el poeta bengalí, ya lo dijo: “Nunca podremos entender al hombre mientras no lo amemos; la civilización debe ser juzgada no por la suma de poder que haya desarrollado, sino por la expresión que haya dado, mediante sus leyes y sus instituciones, a su amor por la humanidad...” Palabras que el médico y escritor Juan Marín, las comenta de esta manera: “Qué magnífica sentencia para ser colocada sobre el pórtico de las Naciones Unidas o al frente de las Cancillerías de los grandes países del Mundo...”

Pocos como Marañón conocen los móviles secretos de la conducta individual y social; pocos como él han trabajado tanto espiritualmente para llevar las máscaras sociales a la picota de la verdad. Por su dilatado saber vuelve los ojos al pasado y por su creyente sentido humano, lleno de esperanza, los proyecta hacia el porvenir. No otra cosa son sus dos libros RAIZ Y DECORO DE ESPAÑA y VOCACION Y ETICA, visiones integrales de España, del mundo y de la vida; porque lo característico de Gregorio Marañón es su aptitud para sentir, en la actualidad circundante, los gérmenes más vivos del futuro. Porque se ha nacionalizado ya en esta ciudadanía sin fronteras de peregrino del mundo, que hace de su obra, por sobre todas las dimensiones nacionales de raza y de ambiente, un magnífico producto universal.